Cuando
EL AMOR LLAMA

Hilda Rojas Correa

Capítulo I

Harlow, 30 de enero de 1815.

Blake llevaba diez minutos frente a la puerta de la salita privada de su abuela; la gran Augusta Basingstoke, duquesa viuda de Pemberton. Él todavía no se atrevía a golpear. Se paseaba, indeciso. Se sentía estúpido y, a la vez, un poco desesperado.

Sabía que ella era la única que podía ayudarlo.

Inspiró hondo y contuvo el aliento. Alzó su mano y…

—¡Hasta cuándo me vas a tener esperando, muchacho! ¡Entra ya de una vez, me tienes los pelos de punta!

Blake Basingstoke, octavo duque de Pemberton, se desinfló dando un gran resoplido. Entornó sus ojos, frustrado. No había dimensionado que Augusta todavía conservaba un oído fino. Tal parecía que los años no producían merma en ella.

No podía hacerse el desentendido, tomó el pomo de la puerta y lo giró.

Ahí estaba su abuela jugando solitario, sentada frente a una mesita junto al fuego, con su postura regia y altiva. Sostenía el mazo de cartas con firmeza y repartía sobre la mesa con agilidad. Ni siquiera para algo tan simple demostraba debilidad alguna. Se le veía imperturbable.

No parecía estar con los pelos de punta, como según dijo.

Blake se internó en la estancia y se sentó en la silla que estaba frente a Augusta. Ella empezaba su partida. Dejó el mazo a su izquierda y volteó una carta.

Un as de corazones.

—Abuela…

—¿Abuela? —Pocas veces Blake la llamaba de esa manera, desde pequeño fue ceremonioso. Augusta dirigió su atención hacia él y lo miró como si fuera un cachorrillo desamparado—. Oh, querido, ¿qué problema tienes ahora?

Blake entrecerró los ojos, reprendiéndola.

Claramente, Augusta era inmune a ese gesto que a él tanto le había costado llevar a la perfección, solo para intimidar a los demás y ahorrarse la tortura de tener que soportar conversaciones estúpidas.

—¿Por qué tienes que exagerar? Nunca te he dado problemas —reprochó Blake, a la defensiva.

—Eres un gran hombre, pero no estás exento de dármelos —replicó mordaz, volviendo al juego. Dejó el as de corazones en la parte inferior para ir descartando, y comenzó a ordenar las filas superiores. Divisó una reina de trébol. Perfecto—. Sobre todo, esa molesta y absurda soltería que te empeñas en conservar. El tiempo no pasa en vano, cumplirás treinta en julio.

«Maravilloso. Gracias, abuela, por facilitarme la tarea de iniciar esta conversación», pensó Blake muy aliviado.

—Esta vez no vengo a darte problemas, sino todo lo contrario. Necesito que hagas honor a esa fama que ostentas en toda Inglaterra.

Augusta esbozó una sonrisa satisfecha, sin perder la concentración en su mano. Abrió juego en una fila, tomando a la reina de trébol y la colocó bajo un rey de corazones.

—¿Cuál fama, mi querido Pemberton? —preguntó, fingiendo inocencia. Volteó la carta de la fila libre. Reina de diamante. Su juego se cerró.

—La que te enorgullece. La única casamentera que logra enlaces exitosos —respondió, resignado a seguir ese juego del gato y el ratón.

—Oh, esa fama… —Augusta soltó una risilla que a Blake le pareció siniestra—. Entonces, al fin el duque de Pemberton quiere sentar cabeza.

—Ni más, ni menos.

—¿Por qué? —preguntó mirándolo a los ojos, los mismos que ostentaban sus difuntos esposo e hijo.

Blake había heredado unos intensos ojos marrones, tan oscuros que, a simple vista, algunos podían confundirlos con el negro. Muchos decían que eran inescrutables, pero ella difería de ese concepto. Había que saber mirar más allá.

—¿Por qué, qué? —interpeló, evasivo.

—¿Por qué quieres sentar cabeza?

«No, ella no me va a facilitar la tarea», pensó él, fastidiado. Era mejor darle la única respuesta decente.

—Llevas los últimos cinco años insistiendo en que debo encontrar una esposa, darte bisnietos y prolongar nuestro linaje para que no caiga en la rama podrida de la familia. —Blake repitió el discurso que siempre Augusta le daba para que él considerara el matrimonio como la próxima meta a cumplir—. Ah, y que no demore para que pueda disfrutar de las bondades de un buen matrimonio.

—Eso es lo que digo yo. Pero me interesa saber por qué quieres casarte ahora. Tus motivos, no los míos o los que te impone tu posición y tu título.

—Debo hacerlo.

—Blake, puedes darme una respuesta mejor que esa. Anda, no es tan

difícil —animó y volteó otra carta del mazo. Rey de diamante. No le servía.

Blake, lleno de frustración, desordenó sus cabellos negros con ambas manos. Inspiró hondo y sentenció:

—Quiero casarme. —Hizo una pausa larga. Augusta contemplaba cada leve gesto. Notó que Blake tragaba saliva y sus fosas nasales se dilataron con sutileza—. Me siento solo —admitió—. Quiero compartir mi vida y formar mi familia. Lograr lo que mi padre y mi abuelo alcanzaron… Pero tengo… tengo…

No pudo continuar.

—¿Miedo? —Augusta se atrevió a completar las palabras de su nieto.

Blake asintió, apenas con un fugaz movimiento de cabeza.

—¿Temes perder a tu esposa? —continuó Augusta, cautelosa.

—Temo que una persona muera por mi causa, por querer darme hijos —reconoció. Qué difícil era exteriorizar lo que sentía, exponer con palabras sus temores e inseguridades. Le parecía que a las mujeres aquello les era tan natural y sencillo.

Blake no sabía en qué momento de su vida había perdido esa capacidad, cuando niño era mucho más fácil expresarse ante el amparo de su madre.

Pero, pensándolo bien, cabía la posibilidad de que la pubertad amordazara a su corazón. Todos los días debía demostrar ante sus pares que era un hombre duro, inflexible, fuerte.

Admitir sus miedos era… era… terrible.

Y, a la vez, liberador.

—Oh, querido mío. —Augusta sonrió con ternura y le acarició la áspera mejilla, cuya barba, a esas alturas del día, sombreaba las masculinas facciones trigueñas. Toda una rareza en un caballero, pues solían ser de tez alba. Algo de sangre mediterránea corría en sus venas—. Todas las mujeres, desde que nos convertimos en señoritas, estamos conscientes de esa probabilidad, pero no tenemos alternativa. Hay algunas que, solo por miedo, no quieren siquiera atreverse a intentarlo, se quedan solteras… y, al final, mueren de una pulmonía.

—No es gracioso.

—A lo que quiero llegar es que no debes temer. Nadie se salva de lo que Dios ha dispuesto para nosotros. Las cosas suceden y punto, y debemos sobreponernos, levantarnos y seguir avanzando. Si vivimos con miedo, atraemos con más fuerza a lo que más tememos. Debes ser optimista o nunca podrás obtener lo que quieres… Y lo que quieres, es amar a tu esposa.

—Yo no he dicho nada de eso… —interrumpió, incrédulo.

—Lo dijiste, para mí está claro. Quieres lograr lo mismo que los hombres que te antecedieron, pero temes amar y perder como tu padre. Él amó con locura a tu madre, pero Dios se la llevó cuando dio a luz a Katherine. —Suspiró con pesar, mas luego compuso una leve sonrisa—. Pero tu abue-

lo tuvo una suerte al revés, me amó cada día de su vida y yo a él, pero lo perdí demasiado pronto.

»En esta vida, nunca se sabe, querido. Nunca se sabe.

Blake no replicó. Su abuela podía ponerle palabras y darles sentido a sus sentimientos que, a veces, lo confundían y atormentaban. ¿Era eso? ¿Tener miedo a amar y perder demasiado pronto?

—Tu problema nunca ha sido casarte, sino con quién —pontificó Augusta. Levantó una carta del mazo sin mirar—. Lamentablemente, mi querido Blake, estás hecho de la misma madera que todos los Basingstoke. Jamás podrás concebir una unión por conveniencia. Ustedes son hombres pasionales y quieren hacerlo todo bien, incluso el matrimonio. Lo que tú necesitas, aunque te duela y aterrorice, es un matrimonio por amor.

—Temía que dijeras eso —masculló.

—Si abres tu corazón a la posibilidad de hallar una compañera que te ame y que tú ames, el resto saldrá a pedir de boca —replicó, blandiendo con pereza la carta—. Y, para empezar tu búsqueda, solo necesito saber qué cualidades debería tener la mujer que sea capaz de atrapar tu corazón. —Centró su atención en la jugada. Dos de corazones. Con una sonrisa lo dejó sobre la pila donde estaba el as.

—Abuela, apenas puedo hablar de mis sentimientos y quieres que te diga cómo me puedo enamorar. No, eso lo harás tú. —Se levantó de su asiento y miró a Augusta desde su altura, que no era poca. Se encontró con los ojos de ella, azules como el cobalto—. Este año la temporada comenzará en marzo. Asistiré a todos los bailes que me indiques y me fijaré en las damas que consideres aptas. Confío en tu criterio y en la escalofriante capacidad que tienes para desmenuzar mis pensamientos.

—Déjalo en mis manos, querido. —Y dicho esto, se centró en los naipes. En una fila estaba el tres de corazones. Lo descartó, volteó la carta. Reina de corazones, le cerraba el juego, chasqueó la lengua y miró a su nieto—. Pero debo advertirte; cuando el amor llama, no tendrás escapatoria, y dará lo mismo la dama en cuestión. No te garantizo que será una de mis candidatas, pero disfrutaré observando tus progresos. Lo que sí puedo asegurar es que no te darás cuenta cuando estés caminando al altar… Y estarás feliz de hacerlo.

—Dios te oiga, abuela.

—Cuando el amor es bueno, Él siempre oye.

—Si tú lo dices… Gracias. —Blake le depositó un beso en la coronilla, apenas rozando los cabellos negros con gruesas vetas plateadas y, acto seguido, se dirigió a la puerta. No alcanzó a llegar a poner la mano en el pomo y la miró de soslayo. Augusta ya estaba inmersa en su juego, pero él sabía que ella, en ese mismo segundo, estaba poniendo en marcha su plan.

Estuvo tentado de hacer una última pregunta, pero se la reservó. Ya había tenido suficiente charla emocional.

«Abrir mi corazón», rememoró el consejo de su abuela. «¡Que me as-

pen! De momento, es más fácil abrir la puerta».

Y eso hizo.

Tarde o temprano, la respuesta a su gran duda, llegaría.